

CAPÍTULO VII.

HOSPÉDASE JESÚS EN CASA DE ZAQUEO PUBLICANO EN JERICÓ.

FINALMENTE entró Jesús en Jericó; y yendo por una de sus calles, aconteció que un publicano cuyo nombre era Zaqueo, el más autorizado y opulento de los que habia en la ciudad y que pasaba por príncipe de todos ellos (viviendo no pocos de aquel gremio dependientes de él y sujetos á sus órdenes), tenia gran deseo de conocer de vista á Jesús, y gozar por sus ojos de la presencia de una persona de quien tan prodigiosas maravillas se contaban. Pero imposible le era en esta ocasion lograr estos deseos la innumerable multitud de gente que acompañaba á Jesús por ser pequeño de cuerpo y no poder desde la tierra alcanzar á verle entre concurso tan grande.

Sabiendo, pues, por donde habia de pasar Jesús, antes que el tumulto le impidiese previno subirse en un árbol que estaba al paso, para verle desde allí á su gusto, despreciando la murmuracion ó fama popular que se despertó sin duda, viendo á un hombre tan poderoso subido entre las ramas del árbol, como suelen los hombres más viles y sin precio. Llegó Jesús á aquel paraje y detúvose la devocion de Zaqueo; y mostrólo en que levantando los ojos al árbol en que estaba, le dijo: «Zaqueo, baja sin dilacion y ven aprisa adonde te estoy aguardando, porque me conviene aposentarme hoy en tu casa, dejando muchos hospedajes que la devocion de otros me habia prevenido.» Descendió al punto Zaqueo, y con gozo mezclado de admiracion y humildad llevó á Jesús á su posada, haciendo demostracion con la alegría del semblante de que entonces lograba el mayor tesoro que jamás le habian granjeado sus afanes, y que no haber buscado antes á Jesús no habia nacido de falta de devocion á su persona, sino de encogimiento y confusion de haberse de poner á sus ojos; siendo el tan enorme pecador y la santidad de Jesús tan admirable.

Viendo esta novedad los que acompañaban á Jesús, la estrañaron grandemente; pero no fueron unos los motivos que gobernaron sus imaginaciones. Los que se tenían por justos, como los Fariseos y Doctores de la ley y los que solo consideraban la superficie de la accion murmuraban ágríamente de Jesús, porque menospreciando la solicitud y precauciones de tantos buenos que le aguardaban con hospedaje decente en Jericó, hubiese de su voluntad elegido á vista del concurso el de un publicano siendo notorio pecador, y parecía haber ajado los privilegios de la virtud prefiriendo el hospedaje de quien no la profesaba.

Mas no percibian lo profundo de la mente de Jesús, ni daban alcances á la alta providencia con que regia aquella accion; porque habiendo en algunos sermones ponderado la suma dificultad que tiene la salvacion de los ricos, quiso templar el rigor de aquella doctrina con ejemplar de humanidad tan escesiva, y dejar sentado y firme en su Evangelio, que si bien los ricos padecen dificultades grandes acerca de su salvacion, pero que no es imposible conseguirla, y que no los mira Dios como pecadores desahuciados de entrar en el Reino de su Gloria, antes los trata como enfermos que tienen esperanza de sanar, pues entra siendo médico en su casa.

Pero los pecadores que reconocian sus culpas, y aunque no se hallaban con fortaleza para salir de sus vicios, deseaban mejorar de estado y de costumbres y con este afecto se andaban en compania de Jesús por ver si alguna centella del divino fuego que brotaba de sus palabras, brotaba en sus corazones y levantaba la llama de deseos celestiales, tan lejos estuvieron de censurar que se hospedase en casa del publicano, que antes concibieron gozos y alegrías y las mostraron con los semblantes y razones, juzgando que ninguna cosa podia estarles mejor que ver á la justicia tan en concordia y amistad con los delinquentes; pues de la de tan público y solemne pecador podia ya pasarse á sus casas la clemencia.

En compania de Zaqueo vió Jesús copioso número de publicanos; hombres ricos y gente poderosa, amigos y familiares suyos; y segun su estilo no quiso perder ocasion tan oportuna de predicarles el Reino de Dios y su Evangelio; y ajustando los puntos de la plática con la calidad de los oyentes, ponderó la incertidumbre y vanidad de las riquezas, las fatigas, los peligros y cargos del alma que cuenta el adquirirlas; los desvelos y sobresaltos con que se defienden y conservan; cuánto más fácil, seguro y provechoso es atesorar en el Cielo, repartiendo cuantiosas limosnas á los pobres, y concertando sus cuentas con el juez que dará por castigo penas inmortales y por premio gloria eterna, restituyendo á sus dueños lo que se adquirió mal; y finalmente, previniéndose para morir sin dilaciones, pues cada momento puede acontecer.

Mientras razonaba Jesús, estaba juntamente enviando poderosas inspiraciones al alma de Zaqueo; con las cuales convertido en otro hombre padeciendo ya en su espíritu incendios de la divina llama, no se pudo contener, y levantándose en presencia de todos, dijo así á Jesús: «Mucho tiempo há, Señor, que mis deseos me han hecho discípulo de tu escuela, porque aunque tan enmarañado en los comercios de este siglo, siempre me sonaban bien las doctrinas, que por relaciones de otros he alcanzado que predicas, el desprecio de este mundo y conquista de la eternidad; hoy he logrado lo que deseaba, pues he merecido verte y oírte; y que de la casa de un publicano hayas hecho sinagoga y escuela de tu predicacion.

»Pero no ha sido sin efecto esta misericordia, porque con las

celestiales palabras que te he oído y las divinas luces, que has encendido en mi pecho, conozco claramente los errores de mi vida y cuán en vano empleaba mis industrias, solicitando tesoros que solo me sirviesen de peso para bajar á los profundos. De hoy más corregiré mis acciones, porque estoy resuelto á dar á los pobres la mitad de los bienes que poseo sin escrupulo; y lo que tomándome estrechas cuentas á mí mismo hallare que no lo tengo con justificación, lo restituiré con el cuatro tanto más, y esto será tan cierto que me parece lo estoy ejecutando; ya puedes darlo por hecho; pero conociendo mi fragilidad y ningún uso de virtud, te suplico des fortaleza y vigor á mis propósitos para que crezcan á perseverancias, con el presidio de tus inspiraciones y auxilios poderosos.»

Respondió Jesús á Zaqueo: «Bien puedes tenerte por feliz, porque hoy se ha obrado en esta casa una general salud en la conversión de almas poseídas antes de la codicia y del demonio. Hoy has quedado perfectamente hijo de Abraham, éraslo por la sangre y el linaje, hoy lo eres por la imitación; pues de la manera que Abraham á la voz de Dios dejó cuanto en su patria poseía, así tú á las de mi predicación has repartido en la lonja de tu corazón con los pobres tus riquezas de que estoy singularmente gozoso; pues en tu persona y en tus familiares, que siguiendo tu ejemplo se han convertido también, veo logrado el fin de mi venida al mundo, que fué salvar á los que por su culpa habían perecido, obrando esta redención por mi persona en los descendientes de Abraham y de Jacob.»

CAPÍTULO VIII

PROPONE JESÚS LA PARÁBOLA DE LAS LIBRAS DE PLATA QUE DIÓ UN HOMBRE Á SUS CRIADOS PARA NEGOCIAR CON ELLAS.



SCUCHABAN á Jesús con admiración y gusto los presentes, porque los que no le conocían le juzgaban incomunicable con los pecadores, considerándole tan divino y milagroso, acostumbrados al fastidio con que los Fariseos los apartaban de sí como á indignos de que los encontrasen sus ojos, dando á entender que se empeñaban con su vista. Jesús pues, tanto para instruir á los Judíos que le habían murmurado el hospedarse en casa de Zaqueo, como para advertir á sus Apóstoles de cuya instrucción no se olvidaba el cuidado que habían de poner no ya en la ambición de las primeras sillas, sino en el ministerio de las almas que les había flado, introdujo esta parábola:

«Un hombre noble y poderoso determinó partirse á una región distante muchas leguas á tomar posesión de un reino que de

nuevo había adquirido, con intención de volver á su patria después de haberse coronado. Tenía familia numerosa y atendiendo á dejarla con honesta ocupación, llamó á diez criados suyos que eran los principales de los demás y á cada uno entregó una libra de plata diciéndoles: «Negociad con este dinero que os doy mientras vuelvo,» y hecha esta diligencia se partió.

«Aborrecían de muerte los moradores de la ciudad en que vivía á este señor, y habiéndose ya ausentado de ellos é ido á la provincia donde esperaba coronarse, enviaron una embajada á los que la vivían, advirtiéndoles y rogándoles con encarecimiento que no le admitiesen por su rey, porque ellos estaban con resolución de no consentir que reinase en su ciudad, por las experiencias que tenían de su rigurosa y tirana condición y de las intolerables cargas que les imponía. Sin embargo de esta diligencia que sus naturales hicieron contra aquel potentado, tomó posesión de los Estados adonde había ido como Rey propietario de ellos, y luego dió la vuelta á su tierra para coronarse también Rey de su nación.

«Mientras la solemnidad y fiestas de la coronación se disponían, llamó á su presencia á los criados, á quienes al partirse había entregado su caudal, para saber cuánto había negociado cada uno. Dijo, pues, el primero: «Señor, la libra de plata que me diste para tratar con ella he granjeado otras diez; atribuyo este copioso aumento á la virtud y felicidad que en sí llevaba, por ser tuya y así te la presento con sus creces.» Respondióle agradecido y alegre su señor: «Oh bueno y fiel criado y cómo se echa de ver la atención y vigilancia con que beneficiaste mi dinero; mas no andaré corto en remunerarte tus industrias; y pues con la noble fidelidad que has mostrado en materia tan menuda como una libra, has hecho evidencia de que tienes capacidad para el manejo de otras mayores; desde luego te hago dueño de la libra de plata que te dí, y en premio de las diez que me adquiriste te constituyo gobernador de diez ciudades de mi Reino, y no podrá parecer este decreto despacho de gratitud solamente, sino de mi justificación.

«Entró el segundo y dijo: «Confieso, señor, que me entregaste cuando te fuiste á coronar, una libra de plata como á mi compañero, mas la que me cupo con ser de igual peso y valor ha granjeado en mi poder solas cinco, habiendo aquella acrecentado diez: vergüenza padezco de no traer con mayores aumentos tu caudal; pero si tiene lugar de disculpa mi observación no me entraron en suerte personas con cuyo comercio y trato pudiese yo lograr mis desvelos y fidelidad; sana intención tuve en ponerla donde creciese más, pero en hacienda tuya nunca podremos tus ministros más de lo que nos concedieres; porque tú negocias por nuestra mano y lo dispones todo con divina suavidad; y así en recompensa de los aumentos de tu tesoro que no traigo, te presento los de mi conformidad con tu soberano beneficio.» Respondióle benignamente su señor, y aceptando el principal y ganancias le decretó magistrado de cinco ciudades en su Reino.

Vino el tercero y dijo: «Aquí tienes, señor, tu libra de plata cabal y sin disminución, porque luego que me la entregaste la puse con cuidado en un sudario y en él la aseguré. No me resolví á negociar con ella por no ponerla en riesgo, considerando que no hay ganancia sin peligro, y no presumí de tu severidad, que me admitiría disculpa si por mi desgracia se perdiese; porque tengo muy experimentada tu intratable y extraordinaria condicion; pides y quieres cobrar lo que no pusiste á cargo de otro y aun intentas coger mieses copiosas á donde nunca sembraste, y con un señor de tanta austeridad tuve por conveniente, cuando no forzosa prudencia, no aventurarle su dinero aunque incurriese en su indignacion por perezoso.»

Pero respondió enojado su señor: «Por tu misma confesion te debo condenar, criado malo y perverso; sabias que soy hombre de tan codicioso natural, que aun donde no puse dinero mio quiero sacar interés y lograr cosechas aun donde no sembré, ¿cómo pues, te atreviste á tener ociosa y sin provecho alguno mi hacienda? Debieras haber doblado las inteligencias y aplicado desvelos mayores para granjear con ella, como viste lo hacian tus compañeros, y cuando no tuvieses ánimo ni arte para tanto, bien fuera que la hubieses dado á quien tratase con ella, que ahora yo la cobrara con usuras, y no haberla tratado como di-funta, teniéndola amortajada en un sudario.»

Dijo pues, á los que le asistian: «Quitad á ese criado negligente y atrevido la libra de plata que le di, y entregadla al que tiene diez, que por haber negociado bien con la que le fié y acrecentándolas á mi Tesoro, se las he dado en propiedad.» Replicaron los Ministros advirtiéndole á su señor, que aquel criado tenia diez libras, que parecian bastantes para uno; pero confirmó el Rey su decreto y añadió: «Certificoos que á quien tuviere caudal mio, por haberle empleado bien, se le dará más de mis tesoros; pero á quien por perezoso y negligente no lo granjeó malogrando las coyunturas de crecer, aun por lo poco que poseyere, se lo quitarán; porque mi hacienda tiene por naturaleza ser fértil y fructifera, y está contra su condicion en gente inútil.»

«Ahora antes de mi coronacion, traed á mi presencia aquellos hombres perversos, que siendo yo su natural y conterraneo, y teniendo mezclada mi sangre con la suya, no habiendo experimentado en mí sino beneficencias y liberalidades; cuando fuí á coronarme Rey de otra region, enviaron por el mundo sangrientas embajadas y manifiestos contra mí, infamando mi nombre, y haciéndole execrable entre las naciones extranjeras; en castigo pues, de hostilidades tan nefarias, luego sin dilatarlo para otro tiempo, hacedlos pedazos á mis ojos.» Con esta parábola declaró Jesús á sus Apóstoles su obligacion, y la materia en que habian de emplear sus industrias y desvelos, que era acrecentarle sus caudales con la predicacion de su Evangelio, conquis-tándole almas pecadoras; y á los Judíos, que comenzaban á malquistarle con el mundo, puso á los ojos sus estragos, merecidos por tan alevosa ingratitud.

CAPÍTULO IX

SANA JESÚS DOS CIEGOS AL SALIR DE JERICÓ



ONVERTIDO Zaqueo con toda su familia y predicado el Evangelio en Jericó, salió Jesús de aquella ciudad continuando su viaje á la de Jerusalem, acompañado de sus discípulos y de infinita muchedumbre, que no obstante los edictos de los Pontífices con devoción y constancia le seguía. Mas al tiempo que atravesaba los muros, se le ofreció á Jesús nueva ocasion de usar de su poder benigno con dos ciegos, que su fé y súplicas fervorosas le obligaron á que les diese vista, animados por ventura de la buena suerte del ciego á quien habia sanado Jesús al entrar en Jericó.

Pedian ambos limosna fuera de la ciudad, cerca del camino, á los que pasaban: uno de ellos era más conocido y se llamaba Bartimeo, hijo de Timeo, y por esta causa fué quien con más esfuerzo y confianza pidió á Jesús la sanidad. Oyendo pues, el ruido de la gente que pasaba, preguntaron la ocasion de aquel estruendo. Respondieronles que Jesús Nazareno iba de Jericó á Jerusalem. Al punto levantaron ambos ciegos la voz, clamando: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.» Obligábanle confesándole su Mesías y su Rey; porque ya por el tiempo de los proféticos oráculos, cumplido ya por la doctrina de los maestros de mejor sentir, ya por divinas iluminaciones conocieron que lo era, y á gritos lo pregonaban.

Reprendian á los miserables los que acompañaban á Jesús, si bien impelidos de motivos diferentes: juzgaban unos poca turbación y menos decoro á la persona de Jesús obligarle á detenerse en tan gran concurso á curarlos; indignábanse otros de que les impidiesen oír las palabras del Cielo, que aun por el camino iba platicando el Señor; ni faltaron Fariseos que mezclados en la turba, se abrasaban de envidia de ver los generales aplausos de Jesús; pero los ciegos mientras más les mandaban que callasen, con más vigor y aliento levantaban el grito y pedian á Jesús se doliese de su miseria y los sanase. No hay retórica tan elocuente como la necesidad, ni tan dichosa como la que pronuncia la oracion en los estrados de Jesús.

Paróse á los clamores el Señor, y mandó que fuesen á llamar á los ciegos, y se los trajesen allí; fueron algunos y dijeronles: «Tened buen ánimo, que Jesús os ha oído y os llama, sin duda que para daros la vista que tanto deseais.» Oida esta buena nueva, arrojaron de contento los ciegos sus vestidos, pareciéndoles las capas embarazo, y saltando de gozo vinieron á la presencia de Jesús el cual les preguntó: «¿Qué queréis haga con vosotros?» Respondieron ellos: «Maestro, que nos des vista para

Vino el tercero y dijo: «Aquí tienes, señor, tu libra de plata cabal y sin disminución, porque luego que me la entregaste la puse con cuidado en un sudario y en él la aseguré. No me resolví á negociar con ella por no ponerla en riesgo, considerando que no hay ganancia sin peligro, y no presumi de tu severidad, que me admitiría disculpa si por mi desgracia se perdiese; porque tengo muy experimentada tu intratable y extraordinaria condicion; pides y quieres cobrar lo que no pusiste á cargo de otro y aun intentas coger mieses copiosas á donde nunca sembraste, y con un señor de tanta austeridad tuve por conveniente, cuando no forzosa prudencia, no aventurarle su dinero aunque incurriese en su indignacion por perezoso.»

Pero respondió enojado su señor: «Por tu misma confesion te debo condenar, criado malo y perverso; sabias que soy hombre de tan codicioso natural, que aun donde no puse dinero mio quiero sacar interés y lograr cosechas aun donde no sembré, ¿cómo pues, te atreviste á tener ociosa y sin provecho alguno mi hacienda? Debieras haber doblado las inteligencias y aplicado desvelos mayores para granjear con ella, como viste lo hacian tus compañeros, y cuando no tuvieses ánimo ni arte para tanto, bien fuera que la hubieses dado á quien tratase con ella, que ahora yo la cobrara con usuras, y no haberla tratado como dífunta, teniéndola amortajada en un sudario.»

Dijo pues, á los que le asistian: «Quitad á ese criado negligente y atrevido la libra de plata que le dí, y entregadla al que tiene diez, que por haber negociado bien con la que le fié y acrecentándolas á mi Tesoro, se las he dado en propiedad.» Replicaron los Ministros advirtiéndole á su señor, que aquel criado tenia diez libras, que parecian bastantes para uno; pero confirmó el Rey su decreto y añadió: «Certificoos que á quien tuviere caudal mio, por haberle empleado bien, se le dará más de mis tesoros; pero á quien por perezoso y negligente no lo granjeó malogrando las coyunturas de crecer, aun por lo poco que poseyere, se lo quitarán; porque mi hacienda tiene por naturaleza ser fértil y fructifera, y está contra su condicion en gente inútil.

«Ahora antes de mi coronacion, traed á mi presencia aquellos hombres perversos, que siendo yo su natural y conterráneo, y teniendo mezclada mi sangre con la suya, no habiendo experimentado en mí sino beneficencias y liberalidades; cuando fui á coronarme Rey de otra region, enviaron por el mundo sangrientas embajadas y manifestos contra mí, infamando mi nombre, y haciéndole execrable entre las naciones extranjeras; en castigo pues, de hostilidades tan nefarias, luego sin dilatarlo para otro tiempo, hacedlos pedazos á mis ojos.» Con esta parábola declaró Jesús á sus Apóstoles su obligacion, y la materia en que habian de emplear sus industrias y desvelos, que era acrecentarle sus caudales con la predicacion de su Evangelio, conquistándole almas pecadoras; y á los Judíos, que comenzaban á malquistarle con el mundo, puso á los ojos sus estragos, merecidos por tan alevosa ingratitude.

CAPÍTULO IX

SANA JESÚS DOS CIEGOS AL SALIR DE JERICÓ



ONVERTIDO Zaqueo con toda su familia y predicado el Evangelio en Jericó, salia Jesús de aquella ciudad continuando su viaje á la de Jerusalem, acompañado de sus discípulos y de infinita muchedumbre, que no obstante los edictos de los Pontífices con devocion y constancia le seguia. Mas al tiempo que atravesaba los muros, se le ofreció á Jesús nueva ocasion de usar de su poder benigno con dos ciegos, que su fé y súplicas fervorosas le obligaron á que les diese vista, animados por ventura de la buena suerte del ciego á quien habia sanado Jesús al entrar en Jericó.

Pedían ambos limosna fuera de la ciudad, cerca del camino, á los que pasaban: uno de ellos era más conocido y se llamaba Bartimeo, hijo de Timeo, y por esta causa fué quien con más esfuerzo y confianza pidió á Jesús la sanidad. Oyendo pues, el ruido de la gente que pasaba, preguntaron la ocasion de aquel estruendo. Respondieronles que Jesús Nazareno iba de Jericó á Jerusalem. Al punto levantaron ambos ciegos la voz, clamando: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.» Obligábasele confesándole su Mesías y su Rey; porque ya por el tiempo de los proféticos oráculos, cumplido ya por la doctrina de los maestros de mejor sentir, ya por divinas iluminaciones conocieron que lo era, y á gritos lo pregonaban.

Reprenían á los miserables los que acompañaban á Jesús, si bien impelidos de motivos diferentes: juzgaban unos poca urbanidad y menos decoro á la persona de Jesús obligarle á detenerse en tan gran concurso á curarlos; indignábanse otros de que les impidiesen oír las palabras del Cielo, que aun por el camino iba platicando el Señor; ni faltaron Pariseos que mezclados en la turba, se abrasaban de envidia de ver los generales aplausos de Jesús; pero los ciegos mientras más les mandaban que callasen, con más vigor y aliento levantaban el grito y pedían á Jesús se doliese de su miseria y los sanase. No hay retórica tan elocuente como la necesidad, ni tan dichosa como la que pronuncia la oracion en los estrados de Jesús.

Paróse á los clamores el Señor, y mandó que fuesen á llamar á los ciegos, y se los trajesen allí; fueron algunos y dijeronles: «Tened buen ánimo, que Jesús os ha oído y os llama, sin duda que para daros la vista que tanto deseáis.» Oida esta buena nueva, arrojaron de contento los ciegos sus vestidos, pareciéndoles las capas embarazo, y saltando de gozo vinieron á la presencia de Jesús el cual les preguntó: «¿Qué quereis haga con vosotros?» Respondieron ellos: «Maestro, que nos des vista para

que veamos la hermosura de este mundo.» Díjoles Jesús: «Yo os otorgo lo que me pedís: ved en buen hora;» y les tocó con la mano los ojos, y al punto vieron con claridad; y hallándose perfectamente sanos se entraron en la multitud, y convertidos en nuevos trofeos de su gloria, fueron acompañando á su bienhechor, dando á Dios gracias y loores.

CAPITULO X

CENA JESÚS EN BETANIA, Y MARÍA LE UNGE LOS PIES Y LA CABEZA

AUNQUE el principal intento de Jesús en este viaje era entrar en Jerusalem, donde habia de obrar con su muerte la redencion de los hombres; con todo eso, para que su entrada fuese con mayor solemnidad, y asistida de las circunstancias que su Padre Eterno habia decretado en orden á la más solemne publicacion del remedio y salud del mundo, acordó tocar en Betania donde pocos dias antes habia resucitado á Lázaro, y por esta reciente maravilla tenia en el lugar muchos devotos que le recibian con agrado, no obstante el mandamiento de prision que los Pontífices y Sacerdotes en su Concilio tenian librado contra él.

Viernes pues, cuando comenzaba á declinar el dia, entró Jesús con sus Apóstoles en aquel castillo. Fué este dia sagrado y memorable, porque el viernes siguiente á las mismas horas espiró Jesús en un madero, obrando por los merecimientos de su sangre el rescate general del hombre; fué seis dias antes de la celebracion de la Pascua del Cordero, que aquel año cayó en jueves por la tarde, porque desde entonces comenzaba el dia legal entre los Judíos; por donde el primer dia de aquella Pascua comenzó el jueves á vísperas, esto es, á la puesta del sol y se acabó el viernes al mismo tiempo; y sucesivamente entró el sábado á las mismas horas y en la siguiente tarde ó vísperas comenzó á amanecer el domingo, en cuyas alboradas resucitó Jesús glorioso del sepulcro.

Estuvo pues, Jesús en Betania desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana, que entonces entró en Jerusalem con pompa triunfal á presentar públicamente la batalla á Lucifer y sus ejércitos, y ofrecerse á su Padre Eterno en sacrificio por los hombres. Se aposentó en la villa en casa de Simon (á quien llamaban el Leproso porque habiéndole Sanado Jesús de la lepra que padecía, se le quedó el nombre antiguo en memoria del milagro), no obstante ser Fariseo, si bien convertido por Jesús á su devocion, la mostró en algunas ocasiones, y por despedida le quiso hacer este público agradecimiento.

Tuvo Simon noticia de que venia á Betania Jesús, y haciendo ostencion de su fé, sin temor de los Pontífices, se previno para aposentarle en su casa; le salió á recibir y le trajo con publicidad á ella. Marta y María, que solian agasajarle en la suya, sabiendo que Jesús estaba en la de Simon, con sumo gusto se vinieron á ella; y teniéndola por propia para aquel efecto, se emplearon en su regalo y obsequios; porque no atendian á la ambicion de que las honrase Jesús con su presencia en su casa, sino solo á servirle con afecto puro y devocion constante.

Divulgóse luego en Jerusalem y pueblos vecinos de Betania, que estaba en ella Jesús y concurrió á la villa numerosa muchedumbre de Judíos, que iban no solo á verle, sino juntamente á Lázaro, á quien despues de difunto habia restituido la vida. Llegó esto á noticia de los Principes de los Sacerdotes, y arrebatados de los furros de su envidia, decretaron quitar la vida por justicia ó como pudiesen á Lázaro, para deshacer aquel arco triunfal y vivo monumento de las glorias de Jesús; porque muchos viéndole resucitado, creian su divinidad; como si Jesús, que le resucitó cinco dias despues de muerto de su enfermedad, no pudiera volverle á la vida, si violentamente se la quitaran á cuchillo; tan ciega daba los pasos la sabiduría y prudencia del Consejo de los Magistrados y Pontífices.

El siguiente dia que fué sábado, dió Simon una suntuosa cena á Jesús mostrando en ella lo mucho que le veneraba; porque para que sirviesen en la ocasion convocó lo principal de su familia. Entre los que estaban sentados á la mesa era uno Lázaro, que con sus hermanas habia venido á asistir á Jesús, siendo aquel hombre un viviente trofeo de la omnipotencia de Jesús; y así cuantos habian venido de Jerusalem á celebrarle y oírle, en grave suspension, no quitaban de Lázaro los ojos, ya de la curiosidad, ya del espanto.

Marta, no diferente de sí, antes la misma siempre, no hallando diversidad en la casa de Simon para ministrar á Jesús, pues era el mismo á quien servia, se encargó de la sazón de las viandas y disposicion de los manjares; no fiando esos cuidados ni de otro amor, ni de otras manos; teniendo por empleada aventajadamente su nobleza y sus aseos, cuando los ocupaba en servicio de tanta majestad; esto era tener bien entendidos los empleos de la sangre, cuando más alta y generosa; que entonces se refina, cuando se enciende en más obsequiosas atenciones á su Dios.

Pero María, repitiendo la amorosa demostracion que dos años antes habia hecho en la Galilea en casa de otro Simon, de la secta de los Fariseos, gobernada por inspiracion divina, cogió un vaso hermoso de alabastro, en que habia una libra de unguento de nardo escogido y preciosísimo, y con él se fué á los pies de Jesús, que para cenar estaba recostado en un tapete ó lecho á uso de los Judíos; y se los bañó con culto officioso y elevacion de espíritu á su divinidad, enjugándose los con la madeja de su cabello; y despues quebrando el alabastro para que no quedase gota en él, le derramó todo sobre la cabeza de Jesús quedando la casa llena de la fragancia del licor; así satisfizo á los recreos

de su alma no permitiendo que porción alguna del unguento, que con tal dulce empeño había consagrado á su amor, que era



Jesús, pudiese emplearse en el regalo ó majestad de otra persona.

CAPITULO XI

MURMURAN JUDAS Y LOS APOSTOLES LA ACCION DE MARIA.

UERON los Apóstoles la demostracion de amor que hizo Magdalena con Jesús, y reparando mucho en ella comenzaron á censurarla entre sí mismos, porque como tantas veces habían oído á su Maestro, cuánto agrada á Dios la limosna con los pobres, pues llega á estimarla más que el sacrificio, se les escandeció no poco la imaginacion con el celo de los necesitados y menesterosos, en cuyo remedio se podia haber empleado el valor de aquel unguento, porque sin duda se vendiera en más de trescientos reales; y no descubriendo su discurso conveniencia y menos necesidad de aquella preciosa uncion, hecha en los pies y en la cabeza de quien profesaba tan severa mortificacion y retiro de delicias, culpaban en la Magdalena, no la intencion, sino la obra, acusándola de ociosa y de supérflua, y juzgaban que necesitaba

de instruccion aquel espíritu, de suyo bueno y nacido de pura y recta intencion para que no errase en el modo y circunstancias del obrar, de donde pende ser santa ó delincuente la accion.

Persuadíanse que Jesús hacía el mismo juicio que ellos y que permitir le ungiese María no se originaba de complacencia á aquel regalo; sabían cuán austero linaje de vivir había elegido para sí, y determináronse á pensar que no haber desechado aquel obsequio nacia de la suavísima condicion de su maestro, que viendo la devocion de aquella mujer acerca de su persona (cuando tantos la ultrajaban) esponiéndose al rigor de los edictos, no había querido avergonzarla en público, reservando para mayor oportunidad la amonestacion; porque quien con los Publicanos y escandalosos pecadores se mostraba tan humano que admitía sus espléndidos y suntuosos convites en orden á convertirlos, ¿cómo tendría corazon para reprender á quien con tan cordiales afectos le servía?

Esto meditaban en sus pechos los Apóstoles adorando siempre la indefectible santidad de Jesús: solo Judas entró en consideraciones diferentes. Tenia á su cargo la bolsa comun de aquel sagrado colegio que por altas providencias le había flado Jesús, por donde si el unguento se hubiese vendido para limosna de los pobres, el precio hubiera entrado en su poder y tuviera mano para hurtar lo que se le antojare, y como el picante de su sentimiento era codicia, sin reparar en los decoros que debía, se atrevió, no solo á la Magdalena, sino tambien á su Maestro, sabiendo que era Hijo de Dios, censurándole esta accion.

Con este dolor que le tenaceaba en lo más vivo del corazon, prorumpió en palabras que mostraron lo mal que le había parecido aquel precioso baño, y en voz desentonada dijo: «¿Por qué razon no se guardó unguento tan rico para venderle; pues es cierto no dieran por él menos de trescientos reales que se pudieran repartir entre los pobres?» Decía esto Judas, no porque le lastimara la necesidad de los mendigos, ni porque estaban á su cuidado sus socorros, sino porque en la realidad era ladrón y sentía que se le desvaneciese aquella ocasion de aprovecharse de tan numerosa cantidad, y enfurecido bramaba contra la Magdalena en lo público y en el corazon contra Jesús.

Oyeron las voces de Judas los Apóstoles é hicieron eco en la aprension con que estaban acusando de inadvertida á la mujer; sonóles á celo santo la vehemencia del Apóstol y alabaron en su resolucion la valentía en reprenderla que echaban de menos en sí mismos, y acusando su tibieza se conformaron con Judas y declaradamente sindicaron la ociosidad é imprudencia de María, pareciendo conformes en los exteriores afectos y palabras, los que en la raíz de su sentimiento distaban más que el oriente del ocaso ó las tinieblas de la claridad.

Vió Jesús la turbacion de sus discípulos, y para sosegarlos les dijo con rostro blandamente severo: «¿Porqué os habeis empeñado tanto en los enojos y reprensiones de esta mujer y con tan rigoroso ceño la estáis alligiendo y molestando? ¿No puede ser

que haya obrado en esta unción más altamente que vosotros habéis alcanzado á concebir? La prudencia de espíritu estriba en la pureza de la humildad y quien la tiene sus acciones examina; no acusa las ajenas, en especial cuando las veis calificadas con mi silencio; pues este en un juez, es aprobacion; pudierais acordaros de que en otras dos ocasiones he defendido á María, acusada la primera de Simeon y la segunda de Marta, para no aventurar vuestra modestia en censurar lo que yo pudiera defender.

»Salid, pues, de la ignorancia que os tiene turbada y sacada de sus ejes la razon y la advertencia, y sabed ya que esta mujer en el precioso baño que me dió se os ha aventajado distancias infinitas; porque vosotros pusisteis la consideracion en este comun linaje de mendigos que por culpas ó desgracias padecen la calamidad de la pobreza; pero María fijó los ojos con divina luz en mí al tiempo que me han de sepultar depuesto de la Cruz: seré entonces el más pobre de los hombres, pues me acompañarán no más que oprobios de mis enemigos y lágrimas de los que me quisieren bien, pero no los aromas necesarios para ungirme y sepultarme en aquel desamparo y soledad.

»Deseará entonces María hacer en mi persona estos obsequios, pero no se lo concederá la Providencia; porque así en la muerte como en la vida conviene que dé al mundo ejemplares de desprecio de lo que él estima. Obró, pues, este piadoso oficio ahora, cuando se le permite y cuando puede: vivo y sentado á la mesa me veis todos; más ella con luz superior me vió difunto, y como si la advirtieran que cuando el viérnes haya espirado como facineroso en una cruz, no podrá ungirme con la mirra y al aloe, se anticipó hoy á bañarme con el inestimable nardo que visteis quebrando el alabastro, porque habiéndome ungido ya difunto no tiene á quien servir, allí pararon las demostraciones y finezas de su amor.

«Poned ahora en balanza vuestros afectos y los suyos; y os avergonzareis de haberla notado y comenzareis á desear haberla seguido antes que á Judas, porque María obró esta piedad con un pobre, que juntamente es Dios, y por este derecho sube de la esfera de misericordia á la de divino culto y religion; considerad la diferencia y añadid que de esos pobres comunes tendreis muchos siempre á la mano, pero no á mí en esta forma de menesteroso, y esta mujer advertida de circunstancia tan sublime no ha querido malograr esta ocasion de socorrerme pobre mientras lo soy, y en premio de estas finezas de su amor y urbanidades de su fe, donde quiera que se publicare mi Evangelio se referirá juntamente con veneracion lo que esta mujer ha hecho en esta sala para memoria eterna suya.

CAPITULO XII

ENTRA JESÚS TRIUNFANDO EN JERUSALEM

EN domingo que sucedió al sábado en que recibió Jesús este hospedaje en Betania, salió de ella con sus discípulos camino de Jerusalem; y habiendo llegado á una villa que estaba al paso cerca del Monte de las Olivas, llamada Betsagé, escogió dos de sus Apóstoles, que fueron Pedro y Juan y les dió esta orden: «Id á aquel castillo que está frontero de vosotros (señalándosele con la mano) y entrando en él hallareis una jumentilla con su hijuelo atados ambos: desatadlos y traedmelos aquí: y si alguna persona lo quisiere defender, le responderéis: «El Señor necesita de estos animales,» y en oyendo esto, con agrado y rendimiento os permitirá que los traigais; porque en vuestra voz oirá á mi omnipotencia.»

Fueron los discípulos, y conforme lo que él es habia dicho Jesús hallaron en el castillo frontero de Besatgé los jumentos y llegaron sin miedo á desatarlos; preguntaron á los Apóstoles los dueños del cortijo con qué autoridad lo desataban. Respondieron: «Por que el Señor los ha menester, y nos mandó se los llevásemos.» Oído esto, sin replicarles se los dejaron llevar. Trajeron pues, la jumenta con su hijuelo; y habiéndola preparado con sus capas, hicieron que subiese en ella Jesús, novedad que nunca le habia acontecido; porque en toda su peregrinacion habia siempre caminado á pié. Pero entonces se cumplió la profecía que dijo: «No temas, hijo de Sion (así llamaban á Jerusalem) pues ya ves á tu Rey tan manso y tan humilde que viene á visitarte sentado sobre una jumentilla.»

Obraron esto los Apóstoles gobernados por interiores mociones y misteriosos impulsos de la Divinidad de Jesús que se lo ordenaba; reservando por entonces para sí el conocimiento de las providencias que contenia aquel desacostumbrado estilo de caminar á caballo y entrar con pompa en Jerusalem, cuando tan apercebidos tenia á sus Apóstoles de que iba á ella á padecer muerte afrentosa. Pero habiendo en aquella ocasion ejercitado á sus discípulos en obediencia ciega, despues de resucitado los manifestó las conveniencias que habia tenido entrar con aparato de Rey en la ciudad, que dentro de tan cortos plazos, ingrata y aleve le habia de poner en una Cruz.

Yendo pues caminando en esta forma Jesús con sus Apóstoles desde Betsagé, subió el Monte de las Olivas, que era camino para descender al valle de Josafat inmediato á Jerusalem; por cuya vega pasa el arroyo de los Cedros. Así como Jesús desde la eminencia de aquel monte dió vista al valle, innumerable concur-